

Dibujando nuevas, rápidas figuras

Okupaciones en la transformación metropolitana

“También en Raisa, ciudad triste, corre un hilo invisible que une por un instante un ser vivo con otro y se destruye, después vuelve a tenderse entre puntos en movimientos dibujando nuevas, rápidas figuras de modo que en cada segundo la ciudad infeliz contiene una ciudad feliz que ni siquiera sabe que existe”

Italo Calvino Las ciudades invisibles

Los Centros Sociales Okupados y Autogestionados, así como las okupaciones de viviendas, son hoy realidades permanentemente atravesadas por la construcción de la metrópolis. Dibujando nuevas y rápidas figuras, las experiencias políticas vinculadas a la okupación parecen haber tomado aquellos intersticios forjados en las recientes transformaciones productivas, urbanas y políticas de las ciudades. Y, a la vez, su consistencia como proyectos no es ajena a los procesos de reestructuración metropolitana que impactan en el territorio. Los CSOA, entonces, los podemos entender como consecuencia de estos cambios, y, al mismo tiempo, como resistencias que interfieren en la reapropiación capitalista de la ciudad. Si hablamos sobretodo de Barcelona, no es con ánimos de generalizar, ni mucho menos para desestimar otras experiencias, sino simplemente por proximidad personal y mejor conocimiento de algunas realidades catalanas...

1. Hacia la metrópolis

A estas alturas, es ya casi una obviedad afirmar que, en los últimos años, se han intensificado aquellos procesos que han propiciado la integración de las ciudades en los circuitos del capital multinacional, en tanto que espacios articulados con las redes de la globalización financiera y simbólica (Sassen, 1999).

Pero, más allá o más acá de estas ciudades-mundo, donde se desarrolla una tarea específica de producción de funciones de centralidad ligadas a la organización y a la coordinación de los sistemas económicos mundiales (Sassen, 2000), todas las ciudades de nuestro entorno parecen ser un cuerpo puesto a trabajar: un cuerpo herido.

Los paisajes de grúas, la economía del ladrillo, los derribos y las remodelaciones, las nuevas áreas urbanas que nacen de la nada o las barriadas históricas que son reinventadas constantemente en una suerte de pesadilla que exorciza la memoria vivida o dificulta hasta la misma fijación física de la resistencia, no son sino imágenes que delatan brutalmente un tránsito: el de la conversión definitiva de la ciudad en tanto que dispositivo

de acumulación capitalista. El territorio urbano ha devenido un espacio privilegiado de producción y, en consecuencia, gran parte de las contradicciones en torno renta y beneficio, en torno la exclusión y la explotación capitalistas, se acumulan en el espacio metropolitano (Negri, 2006). La ciudad es un nodo productivo del capital global.

Sin embargo, en las metrópolis en constitución no solo se derraman por doquier los flujos mercantiles, en una enmarañada red de actividades productivas, sino que las mismas ciudades, en este tránsito hacia la metrópolis, son pasto de la mercantilización.

¿Cual ha sido el proceso que ha llevado a la ciudad a devorarse a si misma, a su conversión en mercancía? ¿Como (se) produce la metrópolis?

A partir de los años 70, sobretudo en las ciudades europeas de tradición industrial -aquellas que habían sido pobladas primero de chimeneas y talleres, y luego de cadenas de montaje-, aparecieron signos de una crisis estructural, productiva y urbana. Crisis que denotaba la obsolescencia del modelo fordista de grandes producciones, trabajo en serie o relación contractual estable, en definitiva crisis de aquello que los propios gestores de la reestructuración llamaron "rigideces productivas" (a doblegar con la "flexibilidad") y que, en cambio, los que leyeron este recorrido desde las perspectivas de quienes impugnaron el modelo, advirtieron que lo que estaba en curso era una transición económica para descoyuntar las contradicciones sociales que habían estallado en el apogeo del fordismo. En todo caso, fuera por los propios límites de un régimen de acumulación que debía autotransformarse para continuar la valorización del capital, fuera para hacer frente a la formas de organización autónoma de la clase obrera, -así como sus formas de lucha (huelgas obreras radicales, ingobernabilidad del trabajo) que amenazaban la tasa de beneficio empresarial-, desde los centros de mando capitalista se impuso una respuesta.

Y la respuesta política y económica del poder fue superar estas crisis en clave de Mercado. La reestructuración capitalista, en lo que hace referencia a la reorganización espacial y geográfica de la acumulación, supuso transformar la ciudad industrial en la ciudad de la acumulación flexible. Esto es, expulsar la industria hacia las periferias metropolitanas (y recalificar el suelo liberado para una nueva productividad), y privilegiar el sector terciario o de servicios en los centros urbanos, con sus características específicas: una organización versátil del trabajo y de la producción, la implementación de nuevas tecnologías de la comunicación y la extensión de la precariedad sociolaboral. La reestructuración capitalista de la economía tuvo, y aún está teniendo, un impacto muy fuerte a nivel urbano y territorial (Maldo, 2004).

¿Cuales fueron los brazos de la reorganización urbana? ¿Como afectaron las transformaciones metropolitanas a los habitantes de la ciudad?

El declive de la ciudad industrial, en primer lugar, puso a la vivienda en un plano privilegiado de los circuitos económicos. Frente a la crisis de productividad de la industria española, el mercado inmobiliario se presentó como la *"verdadera fuente de inversión alternativa"*, y produjo un ciclo alcista de beneficios para el sector de la construcción que atrajo al sector financiero con capacidad de movimiento transnacional (Observatorio Metropolitano, 2007). Así, la transmutación de las ciudades en centros de servicios (y de ocio en los centros urbanos) fue paralela a la mercantilización integral de la vivienda.

En el Estado español, este proceso se legisló de la mano del PSOE y su ministro Boyer, cuando en 1985 decretaron la liberalización del mercado de alquileres, desprotegeron los derechos de los inquilinos –entre otras medidas, eliminando los contratos indefinidos- y reforzaron las atribuciones de los propietarios. Con la mano invisible del mercado, muchos vecinos de los barrios históricos no pudieron hacer frente a las revalorizaciones de sus viviendas de alquiler, siendo literalmente expulsados hacia las periferias urbanas, mientras sus antiguas moradas se convertían en oficinas, hoteles, apartamentos o viviendas para rentas altas. En barrios menos estratégicos para el capital, las familias fueron progresivamente aumentando los porcentajes de la renta destinada a la casa, hasta llegar en algunos casos al 60%. La generalización de la vivienda como mercancía comportó una concentración intensísima de capital en el sector inmobiliario, destruyó gran parte del parque de pisos de alquiler -que cayó del 40% en 1960, a sólo el 15% en 2001-, supuso que en cinco años los precios del metro cuadrado se triplicaran, y contribuyó al auge del mercado hipotecario (Taller VIU, 2006).

Si entre 1991 y 1997 se produjo un estancamiento de los precios y un retroceso de la construcción, con la victoria del Partido Popular en 1996 estalló una segunda oleada especulativa, sobretudo a partir de la liberalización que promovió la Ley del Suelo. La insidiosa retórica neoliberal argumentó que, transfiriendo a los promotores privados amplias potestades para convertir suelo en suelo edificable, la misma competencia generaría un abanico de viviendas accesibles. La realidad, más tozuda, fue otra: se duplicaron los precios del suelo en diez años, las recalificaciones destruyeron terrenos públicos (p.e.: entre 1992 y 2002 l'Ajuntament de Barcelona vendió 179.404 m² de suelo público), y se sentaron las bases para un nuevo despegue de los precios de las unidades finales construidas (Recio, 2003). A partir de estos años, la vivienda se consolida como un valor seguro para la inversión, dadas las turbulencias que azotan otros "productos" financieros, así como por la necesidad de blanquear dinero frente la incipiente llegada de la moneda única europea. Estas medidas fomentaron que, mientras el saldo de viviendas vacías en el Estado español se incrementaba hasta los 3 millones de unidades, entre 1997 y 2006 los precios de los pisos subieran en mas de un 150% (Taller Viu, 2006). En definitiva, y siguiendo a l@s compañer@s del Taller de Violència Immobiliària i Urbanística: *"la apuesta estratégica de los poderes políticos y económicos por la potenciación del*

mercado hipotecario y la mercantilización de la vivienda ha supuesto una nueva especie de acumulación primitiva”.

Pero la renovada valorización de capital no solo se ha centrado en la vivienda como factor de acumulación, sino que el territorio entero ha sido puesto en el circuito productivo. El segundo brazo de la transformación de las ciudades a metrópolis-empresa se estructuró tanto con operaciones ejecutadas en el interior de las ciudades (con los planes de reforma), como a nivel de las integraciones territoriales de núcleos urbanos colindantes, que de hecho son las que visualizan con claridad la construcción expansiva metropolitana.

Los **planes de reforma parciales** o integrales de los barrios, han sido una estrategia de la planificación urbanística para ordenar la gestión del territorio en aras de una “racionalidad superior” a la del propio barrio. No se han elaborado y ejecutado respondiendo a necesidades de los que habitan los territorios, sino que han obedecido a lógicas económicas y políticas de los gestores de la ciudad: el capital público-privado (UTE, 2004). Lógicas económicas, en lo que hace referencia a la especialización productiva de determinadas áreas –sea el turismo, sean *clusters* para empresas de la “nueva economía”-, o por la sustitución de parques de vivienda con una rentabilidad decreciente por otros que reabran el ciclo de negocio. Y políticas, referidas a *“los esfuerzos que todo orden político ha hecho siempre para imponer sus discursos de homogeneización, centralización y control sobre la tendencia de todas las ciudades al enmarañamiento”* (Delgado, 2007). En cada caso, las consecuencias de los planes han sido la destrucción del tejido productivo tradicional para los barrios tematizados, así como la destrucción del tejido social. Pues las remodelaciones o modernizaciones del parque de vivienda no han supuesto generalmente la recolocación in situ de los habitantes, sino que han comportado la llegada de rentas altas allí donde los derribos habían “higienizado” la antigua degradación. Una elitización que ha sido acompañada simbólicamente por la instalación de equipamientos con una dimensión de ciudad, y normalmente con una pátina de legitimidad “cultural” -museos, universidades, filmotecas- allí donde había habitado la experiencia conflictiva de un pasado industrial o popular. Los casos de Barcelona (UTE, 2004), Bilbao (Larrea y Gamarra, 2007) y Sevilla (VVAA, 2006) son paradigmáticos, pero es evidente la socialización de estos modelos o la adaptación a las características de las “ideologías” locales (València y el desarrollismo, Zaragoza y el agua, etc.).

En el caso de Barcelona, los Planes Especiales de Reforma Interior (PERI), instrumentos de ordenación urbanística que desarrollan el “Pla General Metropolità”, han sido una suerte de máquina trituradora y provocadora de éxodos (López, 2000), que ha funcionado des del centro a la periferia. Destruyendo el *barri xino* para el nacimiento glorioso del Raval, cebándose en los entornos de Santa Caterina (“el Forat de la Vergonya”), Sant Agustí i La Ribera, o sentando las bases para la conversión de la Barceloneta en un parque de apartamentos para turistas a primera línea de mar. Cabe decir que del centro solo se ha salvado –arquitectónicamente, no des del punto de

vista social- un Gòtic no destruido pero si museificado y monumentalizado (Delgado, 2007).

Pero más allá de los centros históricos, los planes han obedecido en muchas ocasiones a las tematizaciones productivas de barrios anteriormente periféricos, y que hoy ganan centralidad. Como la conversión de zonas fabriles habitadas por una población obrera y históricamente combativa, donde se derriban miles de hectáreas para edificar nuevos complejos tecnoindustriales de la nueva economía inmaterial (Poble Nou, Distrito 22@). O la adecuación de barrios para la imposición de nodos de las grandes infraestructuras de comunicación metropolitanas (estaciones del Tren de Alta Velocidad en Sants, la Sagrera-Bon Pastor), obviamente anillados por las grandes superficies comerciales del capital global y el trabajo precario. Cabe decir que en barrios donde la tematización productiva se ha asentado a partir de la mercantilización de determinados estilos de vida ("Gràcia"), sus respectivos PERI han acentuado la "protección de las características del tejido urbano". Con consecuencias distintas, no han evitado las tendencias a la sustitución de población.

Además de las reformas interiores, que han sido la herramienta urbanística para la reapropiación capitalista de la ciudad (López, 1986), la propia dispersión productiva en el territorio -la socialización de la fábrica hacia la metrópolis a escala regional- ha dado como resultado la necesidad de nuevas entidades políticas y económicas, que aglutinen conjuntos de poblaciones y áreas productivas de la conurbación metropolitana (Vela, 2004). La Gran Área Metropolitana de Barcelona, de 36 municipios, ya está siendo desbordada por la integración regional de las terceras y cuartas coronas metropolitanas. Y la creación de infraestructuras de transporte para comunicar los nodos intermetropolitanos, así como la urbanización de las zonas que lindan con las nuevas redes de comunicación -la ocupación del suelo periurbano-, no son sino un movimiento de avance y consolidación de la malla metropolitana en su proliferación hacia los márgenes.

Ahora bien. Si es cierto que la metrópolis es el nuevo modo de producción (Negri, 2006) o, mas humildemente, entendemos que es la dimensión en la cual el capital se valoriza sobretodo con la mercantilización global de la ciudad (des de la vivienda y el territorio, hasta las formas de vida y la cooperación social), ¿qué antagonismos estallan y la recorren? ¿Qué resistencias se producen en el tránsito de la ciudad a la metrópolis?

2. Centros Sociales Okupados, grietas metropolitanas

Giorgio Agamben, resiguiendo la genealogía del término metrópolis (la "ciudad-madre" de los viajeros griegos que fundaban nuevas y lejanas colonias), expone que lo que acaba finalmente explicando hoy el concepto es esa experimentación máxima de la *dislocación territorial*. La metrópolis actual, argumenta, es el conjunto de dispositivos que se imponen a la ciudad

cuando el poder asume el gobierno total sobre los hombres y las cosas, una *economía* que rompe la dimensión pública y política que históricamente había configurado las ciudades, a través de una nueva espacialización así como mediante una serie compleja de dispositivos de control y gobierno (Agamben, 2007). La metrópolis, por tanto, como la enajenación de la vida en la ciudad, como la expropiación constante de lo urbano.

En el presente punto, esbozaremos una lectura de los Centros Sociales Okupados y Autogestionados en tanto que (unas de las) resistencias a esta expropiación constitutiva metropolitana. Pues si de alguna forma los podemos definir, es precisamente por ser una tentativa de reapropiación.

De reapropiación espacial, sobretudo de aquellos vacíos urbanos que poblaron las ciudades en su impasse hacia lo postindustrial. Y de reapropiación política, en unas metrópolis que, como hemos visto, fundan la acumulación capitalista en la mercantilización de la vivienda y del territorio, así como por la expropiación de las formas de vida y la cooperación social, y por lo tanto disuelven los vínculos que trababan la posibilidad de algún tipo de comunidad que no fuera mercantil.

Los CSOA, sobretudo en los últimos años, se han materializado en un contexto de violentas transformaciones urbanas y, en algunos casos, situándose en el centro de estas mutaciones, han contribuido a generar resistencias a la constitución metropolitana. Sin embargo, esta potencia ha sido pocas veces constatada y su valor político insuficientemente valorado. ¿Cuales han sido las causas de esta minorización?

Tanto des del interior de las experiencias como sobretudo des de la academia o los medios de comunicación, se ha privilegiado una lectura reduccionista de unos espacios que deberían ser analizados *en situación*, pues se caracterizan por generar conflicto y organización pertinentes a su contexto concreto. Pero, y dejando de lado los intentos directamente criminalizadores de la derecha mediática, incluso los académicos y periodistas con simpatía hacia el "fenómeno" han leído siempre la cuestión como *movimiento okupa*. Esta construcción, posiblemente una coelaboración involuntaria entre Centros Sociales y la academia/massmedia, ha producido desvalorización de la experiencia política de los Centros Sociales, y ha mistificado el "fenómeno" en dos direcciones.

En primer lugar, se ha solapado la cuestión de sujeto político específico de cada Centro Social, así como la cuestión del conflicto urbanístico que muchas veces les confiere sentido en tanto que intervención material. Con la *identidad okupa*, los CSOA no han emergido con suficiente claridad como experiencias prácticas y colectivas con unas singularidades impresionantes, pues se ha tendido a una homogenización para nada explicativa de cada realidad. Por contra, constatamos que a lo largo ya de más de veinticinco años de okupaciones en el Estado español (1), no se puede pensar un modelo único y repetible para todos, pues cada organismo "Centro Social" se

produce en función de las variables del territorio en que nace y se desarrolla, de las subjetividades que le confieren sentido y de la composición social específica que los organiza. Las maneras en que se relacionan con el resto de la sociedad, los imaginarios que transmiten a la hora de autorepresentarse, las relaciones internas, las propias formas de gestionar el espacio,... dependen de las condiciones físicas del espacio pero sobretodo de la historia social que los contextualiza (Tari, 2007). Aunque no se profundizara más, tendría que ser sencillo prever que no es lo mismo un centro social inmerso en una área desindustrializada, que un centro social en un barrio céntrico gentrificado, que en una zona periurbana. Pero no ha sido así. La generalización a que se ha llegado por el uso y abuso de la construcción "movimiento okupa" ha impedido la visibilidad no solo de las especificidades y riquezas de cada Centro Social, sino de los conflictos urbanísticos concretos donde muchos Centros Sociales están inmersos.

No obstante, este reduccionismo no solo ha sido una consecuencia interesada de los que han hecho una lectura externa de la(s) experiencia(s). La misma coordinación de los centros sociales en tanto que "movimiento okupa", o "asambleas de okupas", ha contribuido –a mi entender- a diluir los proyectos políticos específicos de cada Centro Social. Y en lugar de emerger una pluralidad de experiencias, donde cada una traza una específica experimentación práctica y política ligada a su entorno, donde se esbozan otras y particulares formas de vida, donde se desarrollan concretamente formas autónomas de socialidad, lo que se ha proyectado públicamente han sido tan solo manifestaciones epidérmicas y espectaculares, cuando no directamente espúreas, relacionadas con la experiencia de la okupación. No es extraño a este proceso de autoenajenación, las habituales deconstrucciones que muchos centros sociales, en su trabajo local y cotidiano, han tenido que resolver respecto al imaginario social que se les atribuía.

Lamentablemente, entre todos, hemos construido la idea de un movimiento social específicamente okupa, cuando en todo caso tendríamos que haber hablado de que gran parte de los CSOA -obviamente no todos- han participado en la generación de movimientos sociales más allá de sus paredes e identidades, o que se han sumado a iniciativas de movilización propuestas por otros sujetos políticos. Que, en definitiva, han participado en muchos de los conflictos que han estallado en relación a la constitución metropolitana. Y que lo han hecho buscando fórmulas que superaran la crisis de la representación política, y la decrepitud de las formas centralizadoras y jerárquicas de organización, pero también cubriendo los vacíos que dejaron otras crisis, como la de los movimientos populares provenientes del ciclo de luchas de los 70.

Desde la lucha de los sin papeles, una fuerza de trabajo determinante de la constitución material y afectiva de la ciudad global, hasta en las resistencias hacia las nuevas gobernabilidades metropolitanas de control del espacio público (ordenanzas del civismo, tolerancia cero). Desde las protestas de los

y las trabajadoras precarizadas de los de los servicios, transportes, de la cultura, del trabajo inmaterial, sectores productivos relevantes de la nueva economía metropolitana, a las batallas por la eclosión de una comunicación social autónoma o por una cultura libre. Desde las tentativas de construir modelos de consumo saludable, equitativo, con vinculaciones con experiencias de agroecología, hasta proyectos de Centro Social donde la cuestión del género y su crítica han sido centrales. Y más. Muchos centros sociales han participado específicamente en alguna o varias de estas cuestiones, sea problematizándolas públicamente, sea experimentando alternativas.

Sin embargo, todas estas experiencias, en la mayoría de análisis sobre el "movimiento okupa", han sido bandeadas o como máximo enumeradas muy secundariamente, y solo se han analizado aquellas partes, efectivamente existentes pero para nada exclusivas, de las coordinaciones para hacer frente a cuestiones específicas como las oleadas de desalojos, que por otra parte no tendrían porque preocupar solamente a "los okupas", sino al conjunto del tejido social crítico con las ofensivas metropolitanas contra las otras formas de hacer política, las otras formas de vivir y habitar la ciudad. (Y así ha sido en algunos casos).

En segundo lugar, la cuestión de la vivienda ha sido otra mistificación que, paradójicamente, ha comportado que la experiencia de los Centros Sociales fuera minusvalorada. Efectivamente, en las construcciones argumentativas que han buscado legitimar la okupación, siempre se ha analizado el papel de la mercantilización de la vivienda como factor explicativo (P.e.: Iban, 2003). Pero una cosa es que sea un evidente factor explicativo tanto de la necesidad de okupar de jóvenes con problemas a un acceso digno y asequible a la vivienda, como de la misma oportunidad de hacerlo a causa del gran número de viviendas vacías por la propia dinámica de la especulación, y otra cosa muy diferente es que des de la okupación se haya conseguido construir un movimiento global de lucha por la casa (Vela, 2004).

Esto no ha sido así, y lo tenemos que reconocer aunque a muchos les (nos) hubiera gustado, pues ni las okupaciones de los 80, ni las de los 90, han trabajado realmente para hacer real el "derecho ciudadano a la vivienda" (posiblemente para evitar la connotación reformista del mismo), y apenas han profundizado en la dimensión global del problema. Así, aunque des de las okupaciones se pusiera, por primera vez en estos años -en la calle y en el debate público- la dimensión política de la vivienda, generalmente no se ha llevado a la práctica mas que con los centenares de personas que en muchas ciudades viven en centros sociales y viviendas okupadas -hecho que tampoco tenemos que menospreciar. Pero es cierto que no se ha construido un movimiento que, o bien plantee demandas específicas de resolución global de la cuestión de la vivienda (que seria extraño por ser una "reivindicación al Estado"), ni tampoco -con algunas excepciones, como las "oficinas por la okupacion"- se han construido canales efectivos para hacer posible la socialización de la toma directa y autogestionada de viviendas (Cosa que si

han hecho otras realidades, como la Coordinadora Ciudadana de Lucha por la Casa o Action!, que reúnen entre las dos a casi todos los centros sociales de Roma y promueven ocupaciones donde habitan centenares de personas, la mayoría migrantes).

Sin embargo, sin las reiteradas intervenciones públicas de la okupación, tampoco se comprende la emergencia de –por fin!- movimientos amplios de lucha por la vivienda que, hacia el 2006, realizan manifestaciones multitudinarias en las principales ciudades del Estado español, y que elaboran un discurso y propuestas universales respecto de la vivienda –sea okupada, alquilada o en hipoteca. Estos movimientos, en todo caso, han roto la “parálisis okupa” respecto el *conflicto social de la casa*, e integran a nuevos activistas que no se sentían interpelados por las prácticas de los CSOA. (Si bien también hay personas provenientes de Centros Sociales y, en algunos casos como Barcelona, tienen sus espacios de encuentro y trabajo en okupaciones).

Paralelas a estas movilizaciones por la casa mas amplias –cuantitativamente- que las experiencias de los CSOA, cabe reseñar que algunos espacios okupados sí trabajan prácticamente “cuestiones vecinales” como el apoyo mutuo en casos de violencia inmobiliaria o urbanística (en *Magdalenes*, en el Gòtic de Barcelona, en el *Ateneu Popular de l’Eixample* y su participación en “L’eix antimobbing”, o en *Metges* en el Forat de la Vergonya,...). Y que hay intentos de generalizar ocupaciones con lenguajes mas integradores que los tradicionalmente asociados al “movimiento okupa”, como sería el caso, entre otras pocas, de las **PHRP** (“Promociones de Vivienda Realmente Pública”, en catalán), que des de mayo del 2006 han entrado en cuatro edificios de Ciutat Vella –“sitio elegido estratégicamente porque es uno de los barrios mas castigados por la gentrificación y el mobbing”- “para hacer valer el derecho a la vivienda...” (<http://sindominio.net/phrp>).

Aun así, y aunque la casa como conflicto social siempre ha estado en la raíz de la okupación, des de esta práctica no se ha conseguido crear un movimiento social global específico en torno al problema, pues en los CSOA no era un objetivo para nada generalizado. En todo caso, ¿existen otras relaciones entre la toma autogestionada y directa de espacios, con los procesos de construcción de la metrópolis, en su vertiente de reestructuración urbana, que deban ser enfatizados para resignificar las prácticas políticas de los CSOA?

Antes nos referíamos a los centros sociales como tentativas, en primer lugar, de reapropiación espacial. ¿Pero de que tipo de espacios? Uno de lo pocos autores que ha analizado la okupación con rigor, se ha preguntado: “¿Dónde encontraremos las okupaciones? ¿Coincidirán esos edificios abandonados y rehabilitados por estos activistas urbanos, con espacios puntuales atractivos para la práctica de la especulación urbana y con barrios a la espera de su turno para completar la reestructuración metropolitana?”. Y, seguidamente, afirma que “dentro de la diversidad de situaciones organizativas, jurídicas,

arquitectónicas y urbanas correspondientes a cada okupación, no resulta difícil percatarse de una pauta común de localización en zonas urbanas sensibles a procesos de reestructuración económica y espacial (substitución de funciones urbanas y de población, terciarización productiva, rehabilitación de centros históricos, reconversión industrial, etc.)” (Martínez, 2003).

En el caso de Barcelona, la reapropiación de los espacios que se hallaban en tránsito entre los antiguos usos industriales y las nuevas productividades metropolitanas fue constante en toda la década de los noventa. En una pugna entre sujetos políticos emergentes y un modelo *in progress* de ciudad, inacabado, los Centros sociales a lo largo de esos años fueron *“intervenciones sobre el espacio urbano (que) podrían responder a conceptos del urbanismo unitario propuesto por los geógrafos y urbanistas situacionistas”* (Dieste y Puedo, 2005). Una experiencia autogestionaria de un espacio arrebatado al circuito de la mercantilización.

A partir de entonces se ha producido, en algunos casos, una ampliación en la percepción subjetiva del rol político que deben jugar los CSOA. De la necesidad de espacios físicos para desarrollar proyectos políticos, sociales y culturales, a la conflictivización del mismo espacio urbano donde se sitúan las experiencias. Del aprendizaje a partir de la intervención práctica, de la propia lucha por defender el espacio okupado, a la comprensión de las dinámicas metropolitanas de acumulación y, en algunos casos, al ensayo de nuevas formas para subvertirlas. De la constatación del naufragio industrial de los primeros noventa, a la resistencia hacia las nuevas productividades de diez años después.

Desde...

*«La data d’okupació del CSOA **Hamsa** es remunta... al 23 de març del 1996. Quinze dies abans s’havia produït l’okupació del Cine Princesa, i la gent que participava del Casal Popular La Garnatxa del barri de Sants, per motius d’espai, es decidiren a tirar endavant l’okupació d’un espai més gran al barri de Sants. Mesos de rehabilitació **d’una antiga fàbrica metalúrgica que portava des del 92 abandonada** van permetre que s’hi fés una vivenda i un espai molt ampli per omplir-ho de contingut social i polític”.*

*“El doce de Febrero de 1994, otro grupo de Joven@s del barrio, hart@s de no poder ensayar sus respectivas disciplinas artísticas, no tener espacios abiertos y autogestionados en el barrio, y las pocas perspectivas de los políticos arreglasen esta situación, okuparon el edificio nº 52 de la calle Alegre de Dalt. Bautizaron la nueva okupación como Les Naus, (...)... Las Naves que un día rescataron, fieles a la ley del mar, **apropiándose de los restos del naufragio industrial”***

...hasta:

“El plan 22@ deja en evidencia cuales son los proyectos que se priman por el Ayuntamiento de Barcelona. El caso de Can Ricart se muestra como un ejemplo flagrante. Can Ricart, complejo industrial de mediados del siglo XIX ha sufrido, un

*proceso de desestructuración social, laboral, cultural y físico. La responsabilidad recae en aquellos que no han querido tener en cuenta, ni escuchar las reivindicaciones de todos los colectivos y entidades que presentaron proyectos sólidos, que conservaban y revivían la memoria histórica de más de un siglo. **En consecuencia no es casualidad que los colectivos de la Makabra hayan okupado el resto de fábricas** de Can Ricart de propiedad privada que estaban en desuso, reclamando así por el barrio de Poblenou y los colectivos que forman la Makabra". (la makabra 2000...)*

Si bien siempre había estado presente, por la misma intensificación de la transformación metropolitana los CSOA han tenido cada vez más en cuenta el entorno donde intervienen, y han politizado esta intervención. Al respecto, algunos autores se han planteado si las okupaciones simplemente aprovechan las oportunidades de áreas urbanas "retrasadas" en los procesos de reestructuración, si denuncian abiertamente esos procesos, si los subvierten o producen algún tipo de efecto no deseado que los acelera... (Martínez, 2003).

No seremos capaces de responder a estas preguntas, ni de atrevernos a generalizar, pues solo en la área metropolitana de Barcelona, han existido, des de 1989, 445 centros sociales y viviendas reivindicadas, según datos de l'Oficina per l'Okupació de Barcelona. Pero si que entendemos que el mismo dinamismo de la Barcelona metropolitana ha propiciado tanto la oportunidad y pertinencia de crear decenas de centros sociales en barrios y pueblos afectados por la construcción de la metrópolis, como ha propiciado la destrucción de los mismos, sobretodo en unos últimos años en qué la propia aceleración de la reestructuración urbana ha fomentado el desalojo de muchas de las experiencias.

Así, si en abril del 2004 se contabilizaban 35 CSOA en la área metropolitana de Barcelona, en mayo del 2007 se contaban 39. Sin embargo, 17 de los anteriores habían sido desalojados. (Algunos de ellos con un alcance temporal considerable: Kan Mireia, La Lokeria, El Pati Blau, CSOA Hamsa 9 años..., otros, más fugaces). De nuevo, en tres años, se había okupado, rehabilitado y construido políticamente 21 Centros Sociales más. Lo que explica este dinamismo en la lucha no es sino el dinamismo de la propia construcción metropolitana, visualizada por la continua renovación de los espacios urbanos a partir de la obsolescencia forzada de ciertos usos (abandonos de fábricas, desahucios de vecinos) y las nuevas productividades. Y entre estos golpes y contragolpes, los CSOA han impuesto una transición conflictiva allá donde ya no se esperaba resistencia (por los vínculos sociales rotos, por la crisis del movimiento vecinal, obrero...).

Existe en efecto una tendencia general que vincula *okupación* y reestructuración urbana. La toma de decenas de fábricas abandonadas, de edificios antiguos en centros urbanos en decadencia, de casitas en barrios afectados por reformas parciales o por la construcción de infraestructuras de transporte, anuncia que ha habido una comprensión práctica del tránsito de la ciudad a la metrópolis, comprensión para nada centralizada sino que ha

producido centenares de sujetos políticos tan diversos como la multiplicidad de las experiencias. Estas nuevas y rápidas figuras dibujadas en la piel de la ciudad infeliz han convertido *los lugares* de la transición metropolitana en *espacios* ("un espacio es un lugar practicado", diría Michel de Certeau). Espacios, existenciales y políticos, que han nacido en las grietas intersticiales de la metrópolis, en las rupturas, fisuras o agujeros estructurales donde, a diferencia del resto de un espacio público (¿?) hiperdeterminado, se han podido producir prácticas creativas des del común (Betancour, 2006).

Para finalizar, destacamos algunas de las experiencias que efectivamente y de forma política están interviniendo o han intervenido contra las lógicas de la expansión metropolitana, a partir de prácticas que aspiran a tejer lazos con los distintos sujetos sociales que habitan un territorio en conflicto.

Ya hemos hablado del Poble Nou barcelonés, barrio hasta no hace mucho industrial y ahora "inmaterial", y de la Makabra, un cortocircuito -hasta su desalojo en diciembre del 2006- de la transición entre los usos fabriles a las nuevas formas de productividad capitalista, que llenó esa transición con una productividad cultural colectiva propia, autogestionada y por lo tanto, plenamente política y de un valor extraordinario. Pues en esta transición física, ligada a la desintegración del tejido productivo del fordismo, y durante la afirmación del nuevo modo de producir cognitivo, en esta crisis de transición, hacer política es explorar las potencialidades de trazar otros caminos.

Otros procesos se sitúan en un intento explícito de compartir el conflicto de un espacio urbano en reestructuración. El primero son los siete años de autogestión en el Forat de la Vergonya, en el barrio de Sant Pere. Proceso que arranca a finales de los 90, con desahucios masivos y destrucción de viviendas en el corazón de Barcelona, y que a inicios del 2000 se convierte en una resistencia colectiva que no solo consigue romper radicalmente con la planificación urbana del consorcio público-privado, sino que a partir de la okupación de una serie de viviendas, consigue crear un espacio público no estatal, dibujar a la práctica un urbanismo alternativo a los planes de parkings y viviendas, y construir un parque que, con modificaciones sustanciales, hoy pervive legalizado aunque se hayan desalojado las okupaciones. Esta intervención no es ajena al aprendizaje practicado en otros lares, como *"en casos como la Casa del Aire en Granada, Verdi 28 en Barcelona, el proceso de las okupaciones en San Bernardo o en la plaza de la Encarnación 6 en Sevilla, (...) cuando coinciden en el mismo edificio personas que provienen de okupaciones o que cuentan con ciertos recursos organizativos con otros vecinos acorralados por la práctica del acoso, cuando ha sido posible articular respuestas capaces de frenar al menos parcialmente procesos de especulación, acoso y expulsión"* (Taller VIU).

Otro es el caso de Miles de Viviendas, proyecto que des del Turó de la Peira y pasando por una segunda ocupación, acabó en la Barceloneta y descubrió que el barrio con más personalidad de la ciudad sería remodelado de arriba a

abajo. Finalmente aprobado en febrero del 2007, el Plan afectaría 5.000 viviendas y, substituyendo viviendas por ascensores, prevé desterrar directamente a un 25% de la población del barrio. Y substituir a la población restante por el fortísimo impacto de la elitización, pues tal y como se afirma des de la Plataforma en Defensa de la Barceloneta, *“los grandes beneficiarios del Plan serán las inmobiliarias y las constructoras, que tendrán carta blanca para poder deshacerse de los inquilinos de contrato indefinido y obtendrán subvención para construir nuevas viviendas que podrán vender o alquilar a precio de mercado”*. La confluencia en la Plataforma de las asociaciones de vecinos más luchadoras del barrio, con gente proveniente de Miles de Viviendas, ha dado unas energías que serán más necesarias que nunca. (labarcelonetaambelaiguaalcoll.blogspot.com)

La metrópolis en constitución también impacta con las grandes infraestructuras de la comunicación. En el caso de Sants, el paso del Tren de Alta Velocidad supone triplicar la edificabilidad de la actual estación de trenes, derruir casas antiguas de las calles adyacentes, construir hoteles en los espacios colindantes (siempre la guerra de “hoteles contra casas”), y supone un impacto fortísimo en el casco antiguo del barrio, que quedará afectado no solo por la sombra de los rascacielos sino por la subida de precios del suelo que supondrá esta revalorización urbana. Estos planes también afectan al CSOA Can Vies, con más de diez años de existencia, y de compartir situaciones, se comparten análisis y se trazan amistades y acciones conjuntas con otros actores, como los vecinos de la Plataforma pel Soterrament de les Vies i contra el Pla de l’Estació, o los que se oponen a la construcción de rascacielos para hoteles en el barrio (www.barrisants.org).

Finalmente, destacar que la metrópolis, como ya señalábamos, se expande como una malla, y en el caso de Barcelona debe conquistar los últimos espacios periurbanos de Collserola, “el pulmón de la ciudad”, talando bosques y ampliando la franja urbanizable. En este conflicto, el papel de los centros sociales Can Masdeu y Cal Suís, en la defensa de Collserola, junto con otros colectivos vecinales de Nou Barris, Torre Baró, Horta o Esplugues, está siendo central en la lucha para la preservación de los últimos espacios naturales que rodean la ciudad, para evitar que “la ciudad siga subiendo a la montaña” o, mas bien, para evitar que los promotores inmobiliarios, por ejemplo, construyan 600 viviendas de lujo, hoteles, parques empresariales y centros comerciales allí donde hoy hay bosques... (collserola.org, canmasdeu.net, moviments.net/noalplacaufec).

Otras experiencias, como en Bon Pastor, donde se ha okupado para acompañar la resistencias de los abuelos (“Els avis de Bon Pastor”) que no querían abandonar las Casas Baratas por la construcción de bloques, el “complejo resistencial” de las viviendas de Miquel Àngel (miquelangel.pimienta.org), o la Plataforma Vallcarca contra el Vial, son suficientes para afirmar que efectivamente se está practicando la toma ilegal y autogestionada de espacios como intervención creciente en las problemáticas urbanísticas.

La ocupación de espacios como herramienta para intervenir y resistir a las violencias metropolitanas es ya una política que va mucho más allá no solo del "movimiento okupa", sino que refuerza los Centros sociales como proyectos de socialidad, organización y conflicto, como sujetos antagonistas a la Metrópolis. Pues se ha entendido -en algunos casos- que las aspirantes a ciudades globales se han transformado en un territorio estratégico donde todas las contradicciones capitalistas estallan. Y hoy, hacer política en la ciudad, es asumir la reapropiación global de la experiencia urbana, la ruptura entonces de aquella dislocación espacial metropolitana de la que hablaba Agamben. Aunque sea fugazmente, pues en Raisal, como en muchas otras Raisal o ciudades tristes de nuestro entorno, "corre un hilo invisible que une por un instante un ser vivo con otro y se destruye, después vuelve a tenderse entre puntos en movimientos dibujando nuevas, rápidas figuras de modo que en cada segundo la ciudad infeliz contiene una ciudad feliz que ni siquiera sabe que existe..."

Ivan Miró i Acedo

Publicat al maig del 2008 a *La red en la ciudad*. Icària, Barcelona.

Notas

(1) Quien mejor ha recogido y sistematizado la evolución histórica de las experiencias de okupación (centros Sociales y viviendas okupadas) ha sido Miguel Martínez, a lo largo de muchos trabajos valiosos para preservar una memoria mas allá de la vivida por sus protagonistas. Ver, por ejemplo, Martínez, M (2001) "Para entender el poder transversal del movimiento okupa: autogestión, contracultura y colectivización urbana" VII CONGRESO ESPAÑOL DE SOCIOLOGÍA. O el propio libro de MARTÍNEZ, M (2002). *Okupaciones de viviendas y centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*, Barcelona: Virus.

Bibliografía

- Agamben, G. (2007)** "La città e la metropoli" en *La classe a venire*. Roma: Posse-Manifestolibri.
- Betancour, A. (2006)** "KRAX: creative practices and civic participation in urban regeneration" en krax.typepad.com
- Delgado, M. (2007)** *La ciudad mentirosa*. Madrid: La Catarata.
- Dieste, J. y Puedo, A. (2005)** "Procesos de regeneración en el espacio urbano por las iniciativas de autogestión y okupación" en *Anarco-Territoris. Revista de pensament territorial*. Num 0.
- Ibán, R. (2003)** "Okupación y desobediencia como herramienta de lucha ante los problemas de la vivienda" en la www.lahaine.org
- Larrea, A., Gamarra, G. (2007)** *Bilbao y su doble. ¿Regeneración urbana o destrucción de la vida pública?* Bilbao: Gatazka.
- López, P. (1986)** *El centro histórico. Un lugar para el conflicto*. Barcelona: UB.

- López, P. (2000)** "Centros históricos. Más allá del ghetto y del museo" en VV.AA. *Lecturas geográficas*. Madrid: Complutense.
- Maldo, T. (2004)** "Barcelona en la glocalización" en *Barcelona marca registrada. Un model a desarmar*. Barcelona: Virus.
- Martínez López, M. (2003)** "Viviendas y Centros Sociales en el movimiento de okupación: entre la autogestión doméstica y la reestructuración urbana" en *Scripta Nova*.
- Negri, T. (2006)** "Dalla fabbrica alla metropoli" a *La rappresentanza impossibile*. Roma: Posse-Manifestolibri.
- Observatorio Metropolitano (2007)** *Madrid ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Recio, A. (2003)** "De Boyer a Aznar: el fracàs de la política d'habitatge" a Assembla d'Okupes de Barcelona, *Sota les urpes de l'especulació*. Barcelona. (en digital: www.sindominio.net/okupesbcn/arxiu/Dossier/dce1-10.pdf)
- Sassen, S. (1999)** *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokyo*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sassen, S. (2000)** "Nueva geografía política" en *Multitudes*, núm. 3, 2000.
- Taller Viu (2006)** *El cielo está enladrillado. Entre el mobbing y la violencia inmobiliaria y urbanística*. Barcelona: Bellaterra.
- Tari, M (2007)** "Centri Sociali contro la metropoli" en *La classe a venire*. Roma: Posse-Manifestolibri.
- Unió Temporal d'Escribes (2004)** *Barcelona marca registrada. Un model a desarmar*. Barcelona: Virus. Traducción al castellano en su versión digital: www.barcelonamarcaregistrada.com
- Vela, C. (2004)** "Apuntes urbanos: algunas reflexiones a propósito de la conflictividad en la metrópolis" a UTE *Barcelona marca registrada. Un model a desarmar*. Barcelona: Virus.
- VVAA (2006)** *El gran pollo de La Alameda. Cómo nació, creció y se resiste a ser comido: una docena de años de lucha social en el barrio de La Alameda, Sevilla*.